

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 " " 1 " "
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE — Gijón.

La trenza de pelo

I

La de Carmen era sorprendente, maravillosa, un prodigio; nunca se había visto cosa igual. La joven lo sabía y adoraba su espléndida cabellera con amor exquisito, único, casi idolátrico. Diariamente la peinaba, la perfumaba, la embellecía con flores, como se embellece un altar en días solemnes.

¡Picara trenza de pelo! ¡qué murmullos de asombro levantaba por todas partes! Y como no hay corazón femenino libre de vanidad, estos murmullos enloquecían á Carmen dándole de la vida una idea muy diferente de lo que la vida es y haciéndola soñar... ¡quién sabe lo que soñaría la pobre muchacha!

En cosas de piedad, Carmen no andaba muy fuerte, como se suele decir; pero oía Misa y confesaba y comulgaba cuando lo manda nuestra santa Madre la Iglesia, y con esto creía la incauta joven que no necesitaba ni se le podía pedir más. Respecto al amor casi idolátrico que profesaba á su hermosa trenza, jamás se le había ocurrido que pudiera ser pecaminoso: así engaña Satanás á los corazones que sin ser malos no andan por el camino recto.

Carmen trabajaba en un taller de modistas y con su salario mantenía á su madre. Era ésta una buena mujer que se contentaba con poco y que no reñía con nadie. Su amor maternal le daba algunas veces ciertas punzaditas recordándole que su hija era vanidosa y que á ella le tocaba advertírselo; pero «Carmen no era mala; ya vendría con la edad la reflexión; á los veinte años y con una cabellera tan linda, la vanidad era una pequeñez.»

Así pasaban la vida madre é hija; sin altercados, porque cada cual hacía su gusto; y sin darse grandes pruebas de cariño; la madre por su debilidad, y la hija, porque demasiado ocupada en adorar su hermosa trenza, no le quedaba tiempo para pensar en la madre.

Un suceso imprevisto vino, sin embargo, á remover las cenizas del amor filial, y este amor apareció con caracteres sublimes.

Cierta día en que Carmen volvió del taller más satisfecha que nunca, sonándole aún en los oídos las flores, en forma de palabras bonitas, que los transeúntes habían prodigado á su trenza, al entrar en su casa ofrecióse á sus ojos alegres un cuadro muy triste: su madre, privada de conocimiento, estaba en la cama. Asistíanla algunas caritativas mujeres de la vecindad.

El rostro de la enferma estaba cadavérico. Ningún sentido hacia su oficio. Si aquello no era la muerte, se le parecía mucho.

Carmen se quedó como una estatua mirando el triste cuadro. En sus ojos no apareció una lágrima. Sus labios permanecieron mudos. El corazón, sin embargo, le golpeaba atrozmente el pecho.

Una de las mujeres que asistían á la enferma miró á la joven y le dijo:

—No te asustes, hija mía; esto pasará pronto. Ya hemos avisado al médico.

El médico llegó en aquel instante. Reconoció á la enferma y preguntó:

—¿Quién de ustedes es de la familia?

Entonces Carmen dió un paso hacia el doctor.

—Señor, yo soy su hija, ¿morirá mi madre?

El médico miró á la joven con verdadera compasión. Titubeó unos momentos y dijo al fin:

—No hay que perder la esperanza, joven. El caso es un poquito serio; pero....

Un grito de intensa amargura, escapado del pecho de Carmen, interrumpió al doctor. Era el grito del amor filial tanto tiempo callado y oculto en aquella alma de la que se había apoderado la vanidad insensata de poseer una espléndida mata de pelo. Y tras este grito siguió su curso natural la pasión generosa, el dolor y el amor unidos en estrecho lazo, que en tan

críticos instantes informaba el pensamiento y el corazón de Carmen, y pudo hablar la atribulada muchacha.

—¡No, eso no puede ser!.. ¡Mi madre no puede morir!.. ¡Yo no me quiero quedar sola en el mundo!.. ¡Virgen del Carmen, salva á mi madre y yo te ofrezco mi trenza de pelo!

Tal dijo la joven, cayendo de rodillas; y como si la promesa que acabara de hacer hubiese agotado todas sus energías, cerró los ojos, inclinó la cabeza y se puso á llorar amargamente.

II

A los ocho días de haber ocurrido la anterior escena, la madre de Carmen abandonó el lecho; estaba curada.

La Virgen oyó la súplica; pero ¡ay! también aceptó la promesa, y, pasada la tempestad, Carmen no tenía valor para cumplirla. ¡Qué noches y qué días pasaba la cuitada! ¡Siempre la misma imagen! ¡Siempre la misma voz!

—¡Carmen, y la trenza que me prometiste?

De este modo transcurrió un año. La Virgen reclamando lo que era suyo, y la vanidad defendiendo su tesoro, hasta que al fin triunfó la vanidad, auxiliada por el tiempo, cuyas artes, para acallar las voces del deber, no se puede negar que son maravillosas.

Carmen se casó después.

III

Han pasado dos años.

Es una tarde cálida del mes de Julio; tarde de toros, como dicen en Andalucía. Respírase aire africano, y es tanta la luz del sol que ofende la vista y casi ciega.

Los barrios extremos de la ciudad hállanse desiertos, reina allí el silencio y la soledad de los sepulcros. En cambio, en el corazón de la populosa urbe y en las calles que conducen al circo taurino bulle y se agita un enjambre de seres humanos. Porque, en efecto, va á celebrarse una gran corrida. Los diestros por sus hazañas de otras ve-

ces, son ídolos del público, y los toros, con decir que son hermanos de aquel famoso *Perdigón* que quitó la vida al infortunado y valiente *Espartero* en la plaza de toros de Madrid, está dicho todo. Los aficionados, y por tales se tienen todos los habitantes de N., esperan de toros y toreros cosas estupendas.

Estos y parecidos augurios sobre la llamada clásica fiesta nacional volaban de boca en boca en los pórticos de los edificios, en medio de las plazas, en las aceras de las calles, en tabernas, en cafés, en todos los sitios donde se congregaban las gentes; y era tan grande el vocerío y el cuadro tan alegre en su conjunto, que cualquiera diría que en la ciudad de N. no había penas que llorar ni culpas de que arrepentirse, y... ¡vaya si las había!

Desde luego nosotros, podemos asegurar que por lo menos un hombre estaba triste.

Parado en la puerta de una taberna miraba con ojos ávidos el desfile de los que se dirigían al lugar de la fiesta, y una envidia feroz se retrataba en su semblante sombrío.

Alguna idea feliz ha debido ocurrírsele, pues en sus labios aparece una sonrisa, y entrando en la taberna se dirige al dueño y le dice:

—Juan, por última vez te lo digo, ¿quieres prestarme las cinco pesetas? Mira que voy á hacer una barbaridad.

—Ya te he dicho que no puede ser. Haz cuantas barbaridades quieras; pero déjame en paz. Si no tienes dinero para ir á los toros, no vayas,

—Gracias por el consejo. Quédate con Dios.

Y acompañando la acción á la palabra, nuestro hombre se salió á la calle y echó á andar apresuradamente.

IV

La escena que vamos á describir no es de las que se inventan. Por nuestra parte nos confesamos incapaces de inventarla. Lo trágico no nos asusta; pero á la crueldad refinada le tenemos horrible aversión.

El hombre que hemos visto salir de la taberna ha llegado á su casa; una casa pobre, muy pobre.

Una pálida joven de triste mirar hállase sentada en el tranco de la puerta. Está cosiendo. La espléndida cabellera de esta mujer forma extraño contraste con aquellos ojos afligidos y con aquel lugar habitado por la pobreza.

La escena es breve.

—Carmen, dice el recién llegado, ¿no hay nada que empeñar?

—Pues si lo hubiera, estaríamos sin comer. Respondió Carmen sin levantar la vista de su trabajo.

—Entra, tengo que decirte una cosa.

La joven entró. Estaba acostumbrada á obedecer á su marido.

Este prosiguió:

—Dame las tijeras.

—¿Para qué las quieres?

—Ya lo verás.

Carmen entregó las tijeras.

—Ahora siéntate aquí; dijo el hombre señalando una silla.

—¿Qué intentas, Antonio?

—Cortarte el pelo,

—¡Qué horror! ¿Te has vuelto loco?

—¡Siéntate ó te mato! ¡Quiero ir á los toros!

Y fueron pronunciadas estas palabras con tanta brutalidad y tan despiadadamente, que Carmen cayó de rodillas delante de su marido y exclamó cruzando las manos:

—¡Por Dios, Antonio, no seas cruel! ¡Pediré limosna é irás á los toros! ¡Vuelve en tu juicio!

Antonio, por contestación, cogió fuertemente del brazo á su desolada esposa y dijo con voz enronquecida:

—¡Te he dicho que te sientes, ó te mato!

La sorpresa y el miedo convirtieron á Carmen en un cuerpo sin alma; y sin exhalar un grito, sin derramar una lágrima, sin protesta de ninguna clase se sentó.

Diez minutos después, la hermosa trenza de pelo, aquel prodigio de la naturaleza, aquella admiración de cuantos ojos la miraban, aquel ídolo de Carmen, era depositada en casa de un prestamista, que entregó por ella la miserable suma de quince pesetas (1).

¡Pero Antonio tuvo la satisfacción de ver á Reverte y al mayor de los *Bombitas* matar seis bravos toros, con divisa blanca y negra, de la famosa ganadería del Excmo. Sr. D. Eduardo de Miura!

V

A Carmen hábale parecido sueño la cruel hazaña del hombre que le había jurado amor y respeto al pie de los altares; pero cuando el estupor le permitió discurrir, dióse cuenta de la trágica realidad y sus ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas; lágrimas que bajaban por las pálidas mejillas de Carmen, serenas y silenciosas, hasta regar la tierra.

Así permaneció largo rato la desventurada hasta que, movida por inspiración del cielo sin duda, postróse delante de un cuadro de Nuestra Señora, único adorno de su mísera vivienda, y exclamó:

—¡Madre mía del Carmen, perdóname! ¡Grande fué mi culpa; pero grande ha sido el castigo!

FR. ALFONSO GÁSQUEZ, O. P.

Juan Paga

Leo en el Catecismo Socialista y copio lo que ustedes van á ver:

«El Socialista es anticlerical, por que entiende que para la Humanidad ha pasado el tiempo de explotar las creencias religiosas, y por que las iglesias son firmes sostenes de los capitalistas, de las desigualdades sociales, y porque el Socialismo en su esencia es materialista.»

(1) Rigurosamente histórico.

Ahora vosotros, pobres obreros, que esperáis que el Socialismo os regenera, ya podéis comprender, si no estáis ciegos, qué regeneración es la que os aguarda. Porque según los santones que mangonean el cotarro socialista, vais á ser, eso ni que dudar tiene, vais á ser felices; vais á nadar en la abundancia; para vosotros una perra chica valdrá un duro; no habrá desigualdades sociales, es decir que todos seremos ricos, no habrá pobres, ni ricos; todos sabremos de todo, ni habrá holgazanes, ni pillos, ni granujas, ni vividores de oficio... es decir, que desaparecerán todos esos elementos que inevitablemente contribuyen á la desigualdad social. ¡Ni en Jauja!

Pero no olvides, obrero de mi alma, que para lograr una dicha tan grande como esta, es necesario que no haya ni la menor sombra de religión, y que te persuadas que no tienes alma, es decir que no eres más que una bestia como otra cualquiera, sin más diferencia que andar á dos pies, gastar chaqueta y pantalones y comer pan. Poniéndolo en lenguaje que tú puedas entender, esto, y no otra cosa, es lo que quiere decir el parrafito que del Catecismo Socialista acabo de copiar

Dime tú ahora si á un hombre se le puede hacer mayor injuria.

Dime si no es tratarte peor que á una acémila querer que te persuadas de que serás rico desde el momento en que seas ateo, y niegues que tienes un alma racional por la que te distingues de los brutos.

El ateísmo y materialismo es lo que quieren meterte en la cabeza, porque con eso te embrutecerás antes y te explotarán mejor, y tú no serás más que el pedestal de que, para encumbrarse y hacer su negocio, se servirán cuatro pillos que te están engañando, haciéndote esperar un estado de felicidad que, si llega, es para que se aprovechen de él unos cuantos *burgueses* sin conciencia disfrazados de socialistas. Para estos es el negocio. Tú siempre serás el Juan Paga mientras ellos viven y triunfan

F.

El muerto en la guerra

¿Por qué no viene?... Todos han venido...
¿qué le sucederá?
¿Cuánto tiempo sin verle? Hijo querido,
¿por qué no vienes ya?
¿Sufres, gimes, te mueres ó qué haces?
¿responde á mi querer!
No con tu ausencia el alma despedaces
de una infeliz mujer,
Sabe que si te fuiste y has corrido
por la patria á luchar,
Una madre te llora por perdido
viendo solo su hogar.
Sabe que es esta casa un valle triste
de amargura y dolor;
pues falta en ella desde que te fuiste
el fuego de tu amor.
Que es semejante á un astro muy hermoso
privado de la luz;
á ojos sin niñas; madre sin esposo;
corazón sin virtud.
Que cuando voy al cuarto en que dormías
creyendo verte allí,
tu cama triste y sola en tantos días
me pregunta por tí.
Que al beso y al adiós que yo te daba
hoy sólo escucho atroz
repercutir la voz que suspiraba
por escuchar tu voz.
Ven ya, querido hijo y trae la calma
á este tan triste hogar;
rían mis labios; se dilate el alma;
cese mi suspirar.
Vuelve á curar la llaga que me has hecho;
no tardes en venir,
que el corazón quiere romper mi pecho
á fuerza de latir.
Quiere romperle, sí, para buscarte
yendo de tu alma en pos;
quiere seguirte fiel... quiere besarte...
¡quiere decirte adiós!...

LUIS TABORGA

Charla

—Si, señor; guerra á los curas y á los flaires y á las monjas y á la religión y á todas esas monsergas que nos quieren esclavizar, con las que nos quieren *embabucar* y que son las causas de toos los males que padece-mos...

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué se ríe usted?

—De lo *acertado* que hablas á pesar de no saber ni una papa de reli-gión.

—Se más que usted.

—Y que el Padre Santo ¿verdad?

—El Padre Santo es un inorante.

—Claro, como que no aprendió de tí la verdadera ciencia. ¡Ja, ja, ja!

—Con reír no me rebate V. nada.

—Ni tú tampoco con tu manera de discurrir. ¡Pobre Adolfo!

—Algumenteme usted en contra-rio; yo deseo *destruirme* en la verdá.

—¿Conque deseas *destruirte*? Cami-no de ello vas.

—O como se diga. Déjeme de pa-labras mal dichas y traígame á la sus-tancia del asunto.

—Mira, Adolfo, si de veras quisie-ras instruirte en la verdad hace tiem-po que lo hubieras conseguido; en tus manos están como en las de todo el mundo los medios para ello. Solo que ante una religión que os prohíbe en absoluto los vicios, ante el religioso que con su vida de virtud y peniten-cia os afea la vuestra de error y de crápula, hús como alma que lleva el diablo, y para disculpar vuestra hui-da decís, ellos son los malos, nosotros no los queremos.

Concretemos. Dices tú que la reli-gión y los frailes son las causas de vuestros males. ¿Qué clase de relacio-nes llevas tú con la religión y sus mi-nistros?

—¿Yo? Denguna. Aborrezco todo eso.

—Y no obstante tú no eres dicho-so ni libre, cuando debiera ocurrirte lo contrario, ya que estás tan aparta-do de la una y de los otros.

—Pero... es que... es que... verá V. es que... la influencia clerical se deja sentir en todo, aquí en España.

—Con lo que los clericales debie-ramos estar al pelo, cuando ya tú ves, se nos trata poco menos que como á parias.

—Se apoderan de las conciencias.

—Es el mismo argumento, inven-ta otro.

—¡Recontra! pues yo en el mitín del otro día ví á uno que hablaba muy bien, que el clericalismo tiene la cul-pa de todo lo que nos pasa.

—Como la tiene de que tú andes hecho un andrajoso á pesar de ganar un buen sueldo.

—Bueno, bueno, dejemos lo mío.

—Y critiquemos á los demás aun-que no haya motivos para ello.

—Entonces ¿cómo se dejan decir esas cosas en los metines?

—Por que se sabe allí con qué pú-blico se cuenta.

—Y por qué no van ustedes á con-tradecirlo.

—Por que en esos sitios no son los más á propósito para que la razón im-pere.

En otros hablamos, otros portavo-ces tenemos que vosotros no quereis escuchar. Os empeñáis en sentenciar el pleito, si lo hay, del clericalismo y del anticlericalismo oyendo solo lo que dicen los anticlericales, ¿por qué no nos leis á nosotros?

—Nos da vergüenza. Nos llama-rían beatos.

—Si, y luego cuando os meteis á disparatar que es siempre que hablais por boca de vuestros guías, soltais una serie interminable de injurias y ca-lumnias contra la religión y los sa-cerdotes, queriendo que nosotros en dos palabras os expliquemos detalla-damente la verdad de los aconteci-mientos.

Leed nuestra prensa, cuya misión no es engañar á nadie; en ella vereis perfectamente rebatidos un día y otro cuantos subterfugios nos lanzan los vuestros en sus periódicos y mitines contando con... la estulticia ó memez de sus lectores ú oyentes.

—Gracias por la parte que me toca.

—En el partido en que militas eres un esclavo. En el de Dios serías un hombre verdaderamente libre.

—¿Por qué?

—Porque en el partido católico se obedece única y exclusivamente á Dios y á cuantos en nombre de Dios mandan, en tanto que en el partido de los hombres obedecéis á cualquier jefe de grupillo, que es una vergüen-za.

Tenlo bien sabido: los hombres y los pueblos que á la Religión aman, que á sus ministros respetan (por lo que representan) son hombres y pue-blos libres y felices en verdad.

Los que á la Religión desprecian y á sus dignos ministros escarnecen no gozan de paz nunca por mucho que inventen.

—¿De modo que...?

—Que no te metas á censurar ni á discutir lo que ni entiendes ni sabes, que es lo mismo que dijo Felipe II á un crítico pedante.

—Cuénteme eso, si se puede sa-ber.

—Cuando se estaba llevando á término el grandioso Monasterio de El Escorial, mandado edificar por el rey D. Felipe II, en conmemoración de la célebre batalla de San Quintín, uno de esos críticos de ocasión, uno de esos que, como los de hoy, de todo quieren saber y entender sin haber estudiado gran cosa, estaba ante un grupo de ignorantes lugare-ños censurando con risa despectiva lo que llegó á constituir la octava maravilla del mundo.

Pudo oírle algunas palabras el monarca, que habia ido á visitar las

obras y acercándose al atrevido crí-tico le preguntó: ¿Qué es arquitrabe?

—«Hablar de lo que no se entien-de, señor y perdóneme» contestó el interpelado todo tembloroso, al re-conocer al Rey.

—Con que ya lo sabes, nada hay tan ridículo como este defecto de *querer brillar sin luces*.

—Pues yo sé de muchos sabios que hablan mal de la Religión y de los curas.

—No es cierto. Muy pocos son estos sabios, sabios en ciencias profa-nas, pero que en cuestiones de Reli-gión están á la altura de tus zapatil-las. Hay pruebas.

—Mire V. yo conocí uno muy listo, muy listo que estudió pa semina-rista y ahora habla contra los curas y contra Jesucristo.

—¿Si, eh? Seguramente que el dia-blo no tendrá por dónde desecharlo. Los que conociendo las excelencias de la Religión de ella se apartan, es que los vicios les tiran.

Llegó á decirlo un célebre impío francés.

«Dos causas pueden apartar al hombre de la Religión de Cristo que, digamos lo que queramos, es buena y divina: la ignorancia y los vicios.»

—No se puede con V.

—Conmigo sí, con la verdad no.

—Pues me rindo á la verdad y dejo desde ahora de hacer el tonto.

—Enhorabuena.

¡FÍJATE!

¿Recuerdas, pueblo amigo, que al sancionar el Estado francés la liquida-ción de los bienes religiosos, quiso marcar la nota de la legalidad (?) di-ciendo que los *mil millones de las ma-nos muertas*, serían destinados á reti-ros para obreros; serían para el pue-blo? ¿Recuerdas lo que aquellos anti-clericales demócratas pregonaban en discursos y artículos contra la Iglesia, contra los frailes, diciendo de ellos que por tener tantos bienes acaparados el pueblo se moría de hambre?

Pues bien, las tareas de expropia-ción, mas claro, de ROBO, empeza-ron; la liquidación de los bienes mona-cales se iba llevando á cabo sin que al pueblo nada se le comunicase, y cuando ya impaciente, éste alza sus brazos y sus voces pidiendo los ofre-cidos mil millones, que no llegaron á ello ni mucho menos, aparece el liqui-dador Edmundo Duez, jugándose á la Bolsa los diez millones inicua-mente robados por un Poder desaprensivo que no dudó en romper el sagrado del claustro con la piqueta de la profana-

ción, para ir á buscar en sus entrañas los millones fabulosos; que no se enterneció ni á las puertas de los Asilos, ni en las salas de los Hospitales, ni ante los Orfanotrofios.

Edmundo Duez, se gastó á su antojo, en las mismas puertas del régimen republicano y ateo, un capital arrancado á la desgracia, al desvalido y el pueblo siempre... crédulo pudo una vez más contemplar cómo esos diez millones que las órdenes monásticas guardaban para sus pobres, para sus enfermos, para sus viejos, para sus huérfanos, fueron colocados por el inmoral Estado francés en manos de Duez para sus palacios, para sus jardines, para sus caballos, para sus festines, para sus orgias.

He aquí la brillante defensa que el mismo Duez acaba de hacer de sus gestiones; ella nos da cabal idea de lo que es capaz un hombre que no cree en Dios, que se llama anticlerical á boca llena:

«No puedo precisar sino por céntimos, lo que me he atribuído de la masa liquidable. Calculo que serán aproximadamente cuatro millones para jugar á la Bolsa, y otro millón para mis placeres personales; pero la culpa no la tengo, sino los que me nombraron y los jueces que debieran haberme vigilado y refrenado.

Si se hubiera tenido la curiosidad de investigar mis antecedentes, se sabría que en el momento mismo de nombrarme liquidador había yo cometido un desfalco de quinientos mil francos en la caja de mi patrón. ¿Qué cosa más natural que, al verme poseedor de cuantiosas sumas, mi primer cuidado fuera tapar aquel agujero? Entré, por lo tanto, á liquidar, empezando por sustraer del fondo común medio millón. ¿Y cómo no habían de tomar el mismo camino otros, y otros, si nadie había por encima de mí para impedirlo? Se me pedían cada tres meses cuentas irrisorias, de las que yo ponía, en el papel, lo que se me antojaba, y ningún juez, ningún inspector de Hacienda, ninguna autoridad se tomaba el trabajo de comprobar mis asertos, firmando como en barbecho todos mis escritos. ¿Quién es más criminal; yo, que perpetraba el delito, ó el que me incitaba á él, dejándome indefenso contra formidables tentaciones, y asegurándome la impunidad?»

A este hermoso ideal aspiran los anticlericales españoles, cuando á semejanza de los de la vecina república

andan azuzándose contra tus bienhechoras las órdenes religiosas. En tales explotadores del anticlericalismo se comprende este afán; quieren apropiarse de lo ajeno con apariencias de legitimidad (?) para gozar de la vida.

Pero en tí que siempre llevas, en su compañía, la de perder... en tí no se comprende que les sirvas de escabel á menos de haber perdido hasta el instinto de la propia dignidad, de la propia conservación.

¡Fíjate! ¡Piensa!

PALUDISMO CONYUGAL

En un pueblo de Aragón habitaba un matrimonio bastante mal avenido. La epístola de San Pablo estaba completamente olvidada en aquella casa. Las camorras eran muy frecuentes y poco menos eran las palizas con que el tierno esposo obsequiaba á la feliz consorte.

Una de esas palizas pasó de la raya, tanto que la pobre mujer quedó en cama con fiebre.

No hubo más remedio que llamar al médico, que era joven y casi nuevo en el partido.

D. Joaquín (tal era el nombre del galeno aragonés) vió á la enferma, miróle la lengua, tomóle el pulso, preguntóle lo que sentía, y, desorientado por lo extraño de los síntomas, abismóse en un mar de confusas y enmarañadas reflexiones.

Al cabo de un rato, salió del cuarto y habló con el marido á solas.

Por decir algo, por no confesar que ignoraba lo que aquello era, pensó que sería oportuno echar la culpa al paludismo endémico en aquella comarca pantanosa.

Así, pues, poniendo cara seria, doctoral y grave, dijo al marido, que le escuchaba como un reo:

—El caso está bien claro; lo que tiene la mujer de usted es una fiebre palúdica.

El hombre, enternecido ya y temeroso sobremanera, se echó á llorar y confesó de plano.

—La verdad... sí señor... ¿Cómo lo ha acertado usted? Ayer tuvimos unas palabras y yo le pegué dos ó tres palos... no fué más, la verdad... pero ¡por Dios!, haga el favor de no decirlo á nadie, y cure usted bien á mi mujer... y se lo prometo á usted no darle jamás paludismo.

Desde aquel día, D. Joaquín fué para aquel matrimonio el médico más sabio de la tierra.

Y D. Joaquín aprendió los caracteres de una nueva enfermedad, de que no le habían hablado en las aulas universitarias, el *paludismo conyugal*.

Y todo ¿por qué? Porque aquel infeliz ignorante de que *palúdico* tuviera nada que ver con la palabra latina *palus*, que significa laguna, pensó que se refería á los *palos* que había dado á su mujer.

De donde se deduce esta enseñanza moral: aquel á quien remuerde la conciencia de una mala acción, fácilmente se delata á sí mismo; el criminal teme siempre que los demás estén pensando en su crimen.

O herrar ó quitar el banco

Cuando una persona constituida en autoridad no tiene el suficiente carácter para imponerse á los que atropellan las leyes ó tratan de atropellarlas; cuando no lleva sus cuidados á que todos cumplan lo mandado; cuando ni sus palabras, ni su ejemplo corresponden á la dignidad de que está revestida, esa persona debe, para bien del pueblo, abandonar inmediatamente el puesto que ocupa.

BIBLIOGRAFIA

La «Adoración Nocturna» de Bustiello, que cuenta con 696 inscriptos, entre activos, aspirantes y honorarios, ha tenido la atención de enviarnos dos ejemplares de la «Memoria» que acaba de publicar.

Muchas gracias por el recuerdo.

También acusamos recibo del ejemplar «Palabras de un Apóstol», nueva edición de bolsillo. Nuevamente lo recomendamos por su importancia y utilidad en los presentes tiempos.

Un ejemplar 0,15 pta., 100, 8 ptas.

Los pedidos al Sr. Admor. de los «Anales del Pilar».—Apartado, 59.—Zaragoza.

Correspondencia administrativa

Encarecidamente rogamos á los pocos suscritores que aun no han satisfecho el importe de sus abonos durante el año de 1909, lo hagan á más tardar en lo que resta del presente mes, de lo contrario tendremos, con verdadero sentimiento por nuestra parte, que suspenderles el envío de paquetes desde 1.º de Mayo próximo,

Sr. D. T. G.—V. de S.—Llanes.—Pagó hasta fin Spbre. 1910.